



La playa del Otro Lado

edebé

Paloma Bordons

La playa del Otro Lado

edebé

© Texto e ilustraciones: Paloma Bordons, 2017

© Ed. Cast.: Edebé, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de colección: Book & Look

*Para Mar, una historia
la mar de marina.*

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3119-5
Depósito legal: B. 1951-2017
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. ¡Que no se estaba ahogando!	9
2. Vistiendo al negrito	18
3. Flan con tomate	22
4. No era catarro	32
5. Las boyas falsas	35
6. El mercadillo flotante	45
7. La <i>brasorra</i>	50
8. El robo	55
9. A la gorda le gusta el salmorejo	62
10. Los zapatos de Papá Max	72
11. El piso vip	78
12. Marea alta	86
13. Cómo los <i>rasca's</i> llegaron al Otro Lado	93
14. El <i>crimen</i> de la playa	105
15. Pequeños malentendidos	113
16. Los <i>kids</i> se aburren	125
17. Visita de cortesía	134

18. La zapatillada	144
19. En casa de los <i>rasca</i> ls	151
20. La montaña	162
21. Tesoros que llueven del cielo	169
22. Una cena diferente	175
23. Se aguló la fiesta	182
24. La riña	188
25. La señorita no quiere ser rescatada	195
26. Pesadilla acuática	204
27. La procesión de los cisnes	213
28. ¿Quién vale más?	219
29. Los <i>rasca</i> ls no se fían	223
30. <i>Rasca</i> ls en su salsa	230
31. Las vacaciones siempre se acaban	240
32. Salmorejo	244

1

¡Que no se estaba ahogando!

¡Tanto alboroto para nada! Leo sabía nadar perfectamente. Solo que, con el susto, había perdido un poco los nervios. ¿Quién no se asustaría al toparse con un tiburón como aquel? Que luego resultó que no era un tiburón. Al menos eso decía ahora el monitor:

—*Máscara de buceo es tramposa. Only pequeño pez inocente. Ninguno peligro.*

—¿Ningún peligro? —gritó la madre de Leo—. ¿Mi hijo casi se ahoga y dice usted que no había ningún peligro?

—¡Qué me voy a ahogar! —protestó Leo—. Es solo que se me metió agua en el tubo y me aturullé un poco.

Sí. El *pez inocente* aquel lo había echado todo a perder. ¡Con lo bien que se le estaba dando eso del *snorkelling* a Leo!

Cinco minutos antes flotaba a ras del agua tan ricamente con sus gafas, su tubo y sus aletas, junto con el resto de los chicos del club infantil. ¡Estaba viendo unos peces increíbles ahí abajo! Hasta que la niña gorda se le acercó, pataleando con sus piernotas rosadas, y los espantó a todos. Por su culpa, Leo había tenido que alejarse del grupo para intentar ver algo interesante.

Aunque, la verdad, habría preferido algo menos interesante que aquel tiburón. Porque, dijera lo que dijera ahora el monitor, era un tiburón. Si Leo hubiera querido (que no quiso), hasta le habría podido contar los dientes.

—¡Si no llega a ser por este chico, Leo se va al fondo!

Qué bochornazo. Su madre seguía montando el numerito, abrazada ahora al chaval negro que lo había sacado del agua. El cha-

val sonreía de oreja a oreja. Leo sintió unas ligeras ganas de romperle los dientes.

Porque, a ver, ¿a qué venía esa sonrisita de superioridad? ¿Y por qué se había empeñado en arrastrar a Leo hasta la orilla? Si le hubiera dejado tranquilo, seguro que se le habría pasado enseguida el susto. Entonces habría vaciado el agua de sus gafas y de su tubo. Y habría nadado hacia la playa en vez de toser y manotear como un pánfilo.

—*Make way! Make way to Richardo, please!*

Quien hablaba era el socorrista, un hombre negro todo músculos, que había llegado a la carrera anunciándose a sí mismo.

—¡A buenas horas! —le recriminó la madre de Leo—. ¿Dónde estaba usted mientras mi hijo se ahogaba?

—¡Que no me ahogaba! —protestó inútilmente Leo.

—*Yo poniendo crema en una señorita* —murmuró el hombre, agitando en su mano un frasco de protector solar.

—O sea, que en vez de vigilar estaba usted tonteando con una huésped —lo acusó la madre de Leo.

Richardo bajó la vista. Seguramente se había sonrojado, pero no se le notaba.

«Los negros no se ponen colorados, qué suerte tienen», se dijo Leo, cuya cara todavía ardía de vergüenza por el incidente.

No sabía que a él tampoco se le notaba el rubor, porque estaba del color de una gamba cocida por culpa del sol del trópico. Lo mismo que su madre. Lo mismo que los otros huéspedes del hotel Paradiso, que se estaban acercando atraídos por el jaleo y preguntaban por lo ocurrido en una docena de idiomas diferentes.

El niño negro se puso a contarles su versión de los hechos hablando en kriol, la lengua de la isla. Los turistas no entendían sus palabras, pero, por desgracia, todos comprendían lo que decía.

Cuando inflaba los carrillos y ponía los ojos en blanco, se estaba refiriendo a Leo

en el agua. Cuando movía los brazos como aspas, se refería a sí mismo nadando con valentía a rescatarlo.

—¡Mentira! ¡A mí no me hace falta que me salve nadie! Sé nadar perfectamente —gritó Leo—. O sea que... *Swim!* ¡Yo puedo *swim very good!* ¡Y era un pez *very big!*

Los niños del club infantil no parecían estar de acuerdo. Le miraban con mucha guasa, manoteaban en el aire y se reían. Empezaron un juego estúpido, en que uno hacía de tiburón y los demás huían dando chillidos.

Los adultos, por su parte, habían hecho un corro en torno al niño negro y le felicitaban por su actuación. La madre de Leo le estaba estrechando la mano por enésima vez, cuando llegó el gerente del hotel. Leo lo reconoció enseguida, porque era el único en todo el Paradiso que usaba traje y corbata. Ni siquiera se había quitado sus zapatos relucientes para caminar por la playa. Clavó una mirada iracunda en el chaval negro y le agarró con fuerza del brazo.

—*Is there any problem? ¿Qué pasó, madame Pitis?* —adoptó un tono amable y servicial para dirigirse a la madre de Leo—. ¿La estaba molestando?

—¡En absoluto! Todo lo contrario...

—¡Ahora mismo se marcha de aquí! Y no tenga cuidado, que no volverá a ocurrir. Esta es una playa privada, para el uso exclusivo de nuestra selecta clientela, y no se admite en ella a gentuza.

Mientras hablaba, propinó un empujón al chico. La madre de Leo y los demás bañistas protestaron todos a una por ese rudo tratamiento, declarando que el chaval era...

—¡Un héroe!

—*A hero!*

—*Un heroi!*

—*Ein held!*

—*Un héros!*

El Corbatas (así llamaba Leo en su cabeza al gerente) sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente sudada. Mejor le hubiera hecho quitarse la chaqueta. Puso una mone-

da en la mano del niño y le dio unas palmaditas en la espalda. La última, un poco más fuerte de la cuenta, le forzó a echar a andar.

—Pero... ¡No se puede ir así! —exclamó la madre de Leo—. Queremos darle las gracias como se merece... ¿Verdad, Leo?

—Y una porra —murmuró Leo.

Su madre no le oyó, seguía a lo suyo:

—Ni siquiera sabemos cómo se llama...

—Rascal... —gruñó entre dientes el gerente.

—Rascal... —repitió la madre de Leo—. Es un bonito nombre.

En realidad, el Corbatas estaba insultando al chico. *Rascal* quiere decir 'bribón' o 'granuja' en inglés, y también en kriol. La isla fue ocupada en el pasado por varias naciones europeas, y su idioma conserva numerosas palabras de todas ellas.

—¿Y de dónde ha salido? —insistió la madre—. Nunca lo había visto por aquí.

—Todos los... *rasca/s* salen del mismo sitio.

—¿Qué sitio?

El Corbatas suspiró.

—*Madame* no quiere saberlo.

—Si lo pregunto es porque QUIERO SABERLO.

Su madre se estaba enfadando de veras. Leo se lo notó en que hablaba en mayúsculas y se le estaba hinchando la vena que le cruzaba la frente.

—Habitan en... el Otro Lado.

El Corbatas señaló un acantilado de roca que cerraba la playa por el norte y se adentraba un buen trecho en el mar.

El niño negro seguía alejándose. Caminaba descalzo como si nada, el tío. Leo no podía andar en la arena abrasadora de mediodía sin sus chancletas.

—¡Eh! —le gritó la madre de Leo—. ¡Espera!... Esto... ¡Rascal!

El chico se volvió a mirarla.

—¡Ven al menos a comer con nosotros! —voceó su madre, que parecía empeñada en arruinar el día a Leo—. ¿Tienes hambre? —se llevó los dedos unidos por las yemas a la boca.

El chico sonrió y sacudió la cabeza de arriba abajo.

El Corbatas volvió a sacar el pañuelo.

—Esos *rasca*... muchachos no pueden entrar en nuestro hotel. Son las normas del Paradiso, *madame*.

—¿Acaso no tengo derecho a traer un invitado? —replicó la madre de Leo, con la vena de su frente más abultada y hermosa cada vez—. Otros huéspedes traen invitados.

—Pero no invitados medio desnudos y descalzos, *madame*.

—Si es por eso, no se preocupe, señor *mesié*. Lo tendrá vestido y calzado. ¡Rascal! ¿Vienes?

Atendiendo a un gesto amistoso de su madre, el negrito brincó hasta ellos sonriente.

—Caca de vaca —gruñó Leo en voz baja.

Y el Corbatas murmuró en kriol algo que, posiblemente, venía a ser lo mismo.